

LA BOFETADA DE GISCARD A LA CANDIDATURA ESPAÑOLA A LA COMUNIDAD

Los españoles, víctimas de un «monarca» francés y una ingenuidad política

Juan Pedro Quiñonero

El presidente del Gobierno español ha viajado durante diecisiete meses por todo el mundo. Sin enfrentarse al único problema, donde se juega nuestro futuro político y económico: Europa. El presidente de la República francesa, autoproclamado por decisión personal «monarca» de Europa, responde con su veto al «tercermundismo» e «internacionalismo» del presidente Suárez, por razones electoralistas. Pero los contribuyentes pagarán muy cara la incompreensión e ignorancia de la diplomacia española de la dinámica europea.

París — El cerrojo del presidente de la República Francesa, señor Valéry Giscard d'Estaing, al ingreso de España en la Comunidad Económica Europea (CEE), es sólo la última y espectacular consecuencia de un problema mucho más grave: La profunda incompreensión del Gobierno y los asesores de la presidencia del Gobierno español, los responsables de política exterior de los partidos políticos y las asociaciones agrícolas nacionales, respecto al «qué», el «cómo», el «cuándo» y el «quién» con los que hay que negociar la incorporación española a la Comunidad Europea.

Las razones de Giscard

Sin duda, el señor Giscard d'Estaing ha utilizado el arma inexorable de su veto personal por motivos electorales, políticos y económicos particularmente nacionalistas muy evidentes:

1. El señor Giscard d'Estaing desea ser reelegido presidente de la República en las próximas elecciones presidenciales. Y desea contar con el voto de los agricultores de su país. Se trata de un motivo y razón muy comprensibles: Todos los jefes de Estado democráticos tienen las mismas aspiraciones y utilizan las mismas armas.

2. El señor Giscard d'Estaing se escuda en los graves problemas que plantea la gestión de la Europa agrícola. Esos problemas son particularmente reales, y afectan a la vida cotidiana de veinte millones de agricultores europeos, que tienen todo el derecho del mundo a defender sus intereses económicos cotidianos.

3. Desde hace años, los agricultores franceses e italianos, básicamente, habían «advertido» que no aceptarían el ingreso de España hasta no contar con una «remodelación» de la política agrícola que, a su entender, defendiese sus intereses.

La fuerza política más poderosa

Los agricultores son la fuerza política mejor organizada y más poderosa de

Europa. El voto agrícola es decisivo en todo el continente. Los agricultores aseguran el poder en la República Federal Alemana (R.F.A.) a la coalición socialdemócrata-liberal. Los agricultores del sur de Francia son seducidos por todas las fuerzas políticas: comunistas, conservadores, socialistas, liberales. Y se disponen a votar al mejor postor. Tal es el juego en todas las democracias: se compra el voto con promesas de acción política y económica.

La política agrícola común (PAC), por otra parte, es la arquitectura que sostiene el gigantesco edificio financiero y político de la CEE. Se trata de la única política común existente, y ella devora más del 70 por 100 del presupuesto comunitario. El Parlamento Europeo e Inglaterra exigen, desde hace casi un año, una remodelación en profundidad de la financiación y fisonomía política de dicha política común.

Control del voto agrícola

El señor Giscard d'Estaing fue, como ministro de finanzas francés, uno de los artífices financieros de la actual fisonomía de la PAC. El señor Giscard d'Estaing sabe muy bien que quien controla los mecanismos económicos de la política agrícola controla los votos de los agricultores. Todo el mundo en Europa conoce este «a-b-c» de la guerra política cotidiana.

Oportunidad perdida

El presidente de la República Francesa ofreció a España en 1978, la posibilidad de negociar entre París y Madrid, directamente, los problemas de la incorporación española. El señor Giscard d'Estaing, uno de los hombres más poderosos del continente, estuvo aguardando más de un año que la presidencia del Gobierno español considerase oportuno ir a París a negociar.

Cuando el señor Suárez llegó a París en noviembre del 79, su portavoz oficial, Josep Meliá, comentaba a los corresponsales españoles: «Nosotros no tenemos nada que negociar en París respecto al ingreso de España en la CEE. Eso se negocia

en Bruselas. París es una capital más.»

Dieciséis meses sin negociar

Durante más de un año, toda la burocracia española se ha «empeñado» en negociar con las autoridades comunitarias de Bruselas, siguiendo un «calendario». Ignorando olímpicamente a las organizaciones agrícolas afectadas por la incorporación española. En quince meses de intercambio de documentos todavía no se ha comenzado a negociar nada: y el Consejo de Ministros de la CEE continúa bloqueando el documento europeo sobre el tema agrícola. Ni siquiera existe documento. Y París, Roma y Bonn se disponen a negociar una nueva política agraria común.

El presidente del Gobierno, sus ministros, la burocracia española, las asociaciones agrarias españolas, todavía no han comprendido que si desean ingresar en la CEE deben dialogar, concertarse, negociar directamente con los afectados. Negociar con la burocracia de Bruselas, por muy selecta y distinguida que parezca, no significa absolutamente nada.

Quien debe aceptar negociar no son los funcionarios comunitarios, siempre dispuestos a sostener cualquier causa perdida. Quien debe



Entre Suárez y Giscard sólo ha habido protocolo. La visita a París del presidente español no dio los resultados apetecidos. Raimond Barre, jefe del Gobierno francés, fue testigo.

aceptar negociar son los ministros de Agricultura de los Estados europeos. Y para que negocien tales ministros son los jefes de Estado y Gobierno quienes deben dar doctrina y consignas políticas.

Un aislamiento peligroso

El jefe del Estado francés ocupa en esa maquinaria todopoderosa un puesto capital: o se negocia con Giscard, o España no entrará nunca en la CEE.

Convencer a Giscard es una operación muy fácil: sólo es necesario convencer a los agricultores franceses. Ministros, agricultores y burócratas españoles han perdido su tiempo en Bruselas, menospreciando la fuerza de presión de los agricultores franceses: ellos, como es lógico, defienden sus intereses, que consideran amenazados.

El presidente del Gobierno español no ha negociado con el jefe del Estado francés. Los ministros españoles no han negociado ni dialogado con los ministros fran-

ceses. Los partidos políticos españoles no han negociado ni discutido con los partidos franceses. Sindicatos y asociaciones agrícolas españolas no han negociado ni concertado con sus homólogos franceses. Giscard, durante más de un año, ofreció a España la posibilidad de negociar con calma y en igualdad de condiciones: nadie le respondió.

Un peligro: el repliegue nacionalista

El señor Suárez viajó por medio mundo, y abandonó la política europea a un lugar muy secundario. Tras un año de espera, el señor Giscard d'Estaing ha dado un cerrojo brusco, que será un golpe duro contra la economía española.

Francia adopta una actitud egoísta, fría, calculadora e implacable: para defender sus intereses del modo más inexorable, para ofrecer carne de cañón electoral a los votantes del campo, para defenderse de una amenaza financiera cierta, para proporcionar a su jefe de Estado una plataforma

política que le sirva de maquinaria de guerra electoral. Tal es la marcha de los negocios políticos en Europa y en el mundo. No hay otra. No haberlo comprendido costará muy caro a los ciudadanos españoles: un grave «impuesto» de «sala de espera», un malentendido histórico que corre el riesgo de provocar un peligroso repliegue nacionalista.

España, a través de sus gobernantes, ha cometido un grave pecado de ingenuidad política: creyendo que podía jugar una baza «independiente». París y el jefe del Estado francés responden a la imagen imperial que el señor Giscard d'Estaing tiene de sí mismo, creyéndose «monarca» o «presidente» de Europa. «Puesto que los ingleses se portan mal, castigüemos a los españoles y portugueses», ironiza amargamente el influyente «Le Monde». Los decretos imperiales y cínicos del presidente francés se apoyan en su poder. El desconcierto e ignorancia española le sirven de pretexto para perpetrar una arbitrariedad injusta.